



Guignard-Luz, Inma

Le sinthome: Consecuencias para una clínica propiamente psicoanalítica.

Ciclo: Lengüajes V, 2016

Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2016.

Le sinthome: Consecuencias para una clínica propiamente psicoanalítica

Inma Guignard-Luz

PRESENTACIÓN SERGIO LARRIERA:

Este artículo de Inma Guignard inaugura las publicaciones de la comisión de Clínica Psicoanalítica Nodal del Círculo Lacaniano James Joyce. Había sido ella quien, en la sesión de clausura del ciclo Lengüajes IV, (Julio de 2015) propuso la creación de tal comisión ofreciendo fundadas razones para ello.

A partir de la enigmática fórmula lacaniana en la que se intrincan no relación/equivalencia y no equivalencia/relación, Inma hace una elegante demostración de la locura de ser mujer, procedimiento que evoca el camino abierto por Marion Tweedy, conocida como Molly Bloom, marca y nombre con que Leopold la introdujo en el dublinjoyce al hacerse su gozoso servidor. En su flujo de lengüajes Molly desveló ardides y triquiñuelas de los hombres, a quienes “sus 20 bolsillos no les bastan para sus mentiras....”

Guignard-Luz preserva a las mujeres del estrago amoroso al que la estructura las inclina, extrayendo de una conocida formulación de Lacan el conjuro del mal de amor: creer en un hombre sin creer todo lo que dice.

PALABRAS CLAVE: Goce, sexuación, inconsciente, ser, existencia.

Intervención 13 de julio 2016

Introducción

“En efecto, si la no relación depende de la equivalencia, es en la medida en que no hay equivalencia, que se estructura la relación. Hay, pues, a la vez, relación sexual y no hay relación.” (Lacan 2005: 101)

Por desconcertante que sea, a primera vista, esa afirmación de Lacan en *Le Séminaire, le*

sinthome, livre XXIII, sobre la relación sexual que, sin embargo, puede haber cuando no hay relación, abre una pregunta: ¿a partir de dónde, y de qué elementos, llega Lacan a asentar ese dicho?

También cabría preguntarse por qué la sitúa en ese momento de encuentro con Joyce el artista, y en el momento de la reflexión eminentemente clínica que, a partir de la operación realizada por Joyce, recorre ese seminario.



Guignard-Luz, Inma

Le sinthome: Consecuencias para una clínica propiamente psicoanalítica.

Ciclo: Lengüajes V, 2016

Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2016.

Propongo, pues, no zambullirse de golpe en la afirmación, romperse la cabeza palabra a palabra con la frase, sino intentar abordar la cuestión a partir de ciertos mojones extraídos de la lectura —la mía en este caso— y a partir de los caminos recorridos y abiertos por Lacan en su enseñanza antes de llegar al seminario número 23 de su enseñanza oral.

Para empezar, propongo considerar algunos elementos extraídos de la última lección del seminario inédito de lacan, *Los no incautos yerran*:

“No asimilo en absoluto esa especie de señalización de la que se sirve la biología, no la asimilo en absoluto a lo que concierne al lenguaje, y a contracorriente de esa especie de júbilo que parece haber alcanzado al respecto, al lingüista que, encontrándose con el biólogo, le da la mano y le dice: Nadamos en las mismas aguas...”

Quisiera haceros sentir lo que implica la experiencia analítica: Es que cuando se trata de esa semiótica, de lo que hace sentido, y de lo que implica sentimiento, pues bien, lo que demuestra esa experiencia, es que es de lalangue, tal como la escribo, que procede lo que no voy a dudar en llamar la animación... animación lo es en el sentido de un serio revoltijo, cosquilleo, rasgueo, furor, para decirlo todo, la animación del goce del cuerpo. Y esa animación no procede de cualquier sitio. Esa animación ni es nuestra experiencia no más, y no proviene de cualquier sitio. Si el cuerpo, en su motricidad, está animado, lo está por la animación que le da un parasito, la animación que yo otorgo a la Universidad por ejemplo. Pues bien, esa animación proviene de un goce privilegiado, distinto del goce del cuerpo. Eso, por risible que parezca, es de lo que se trata en el goce fálico. El goce fálico es el que acarrea el sentido... Todo lo que hace sentido en lalangue demuestra estar articulado a la ex-sistencia de lalangue; o sea que es algo por fuera de la cuestión de la vida del cuerpo... es en la medida en que ese goce fálico se sobreañade al cuerpo, que hay problema, sentido que patina, cosquillea el cuerpo, en la

medida —que os propongo como absoluta— en que no hay relación sexual...

Es en la medida en que el cuerpo hablante habita el sentido, está inmerso en el sentido, que llega a suplir el hecho de que nada, aparte de eso lo llevaría hacia el otro que habita lalangue; lo cual implica, que con el partenaire, el partenaire sexual, no hay más relación que por intermedio de lo que hace sentido en lalangue. No hay relación natural. No hay relación natural en la relación sexual de ese ser que llega a ser menos hablante que hablado, al ser alcanzado por lalangue...

Ese sentido no es sexual, más que en la medida en que el sentido se sustituye a lo sexual que no hay; No que el sentido sea un reflejo de lo sexual, sino que es una suplencia. No hay por ello, asimismo, sentido común; el sentido en sí, si no se lo trabaja es opaco... La confusión de los sentimientos cuando no se los trabaja es a priori opaca. La confusión de los sentimientos es todo aquello de lo que está hecha lalangue para hacer trabajar en pos del sentido, Es por ello que todas las palabras están hechas para ser flexibles en todos los sentidos... A partir de ahí, punto 1: El inconsciente, tal como lo entiendo, no es un saber de conocimientos; es un saber en cuanto conexión artificiosa de significantes. Y punto 2: es un saber disarmónico que no se presta de ningún modo a obtener una relación feliz.” (Lacan 1974)

Tal vez empiece a parecer no desprovisto de cierta lógica que con esa orientación, y tras el encuentro con la operación realizada por Joyce, Lacan, no solo no afirme contundentemente que Joyce esté loco, ni ponga de manifiesto, en *Le Séminaire, le sinthome, livre XXIII*, que sea la psicosis la cuestión que organiza su reflexión en ese momento.

A partir de aquí comienzo a no considerar un simple detalle fuera de propósito esa aparente contradicción entre “hay relación sexual y no hay relación”, en un seminario donde la clínica, para el psicoanálisis, queda establecida no ya como manifestaciones sufrientes de



Guignard-Luz, Inma

Le sinthome: Consecuencias para una clínica propiamente psicoanalítica.

Ciclo: Lengüajes V, 2016

Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2016.

particulares “subjetividades” ordenadas en dos estructuras princeps (neurosis y psicosis), donde lo simbólico, así sea por defecto, era considerado como el operador central, sino como una clínica de suplencias frente al goce de *lalangue* para el animal hablante; donde la clínica, psicoanalítica, toma una dimensión eminentemente política, dependiente más bien de la contingencia de los encuentros, las ocurrencias, los artificios, invenciones, y no estructuralmente ordenada, de una vez por todas, por la operación o no operación de lo simbólico en posición regente.

Considero que es en *Le Séminaire, le sinthome, livre XXIII* donde el psicoanálisis lacaniano encuentra su pertinencia de intervención clínica propia en el campo llamado de la “Salud Mental”, más allá de la cura psicoanalítica; también es en ese seminario donde queda superado el recurso insatisfactorio de nombrar “psicoanálisis aplicado” a la intervención del analista más allá de la cura analítica; pienso, así mismo, que es el momento donde se conceptualiza una orientación clínica psicoanalítica que, sin anular las diferentes estructuraciones del parlêtre, se deslinda sin embargo de la concepción clínica de las estructuras psiquiátricas tradicionales con las que operaron tanto Freud como Lacan, arrastrando empero, cada uno, sus propias contradicciones. Lacan considerando al neurótico como aquél en el que el nombre del padre opera y, a pesar de ello, como *un sin nombre*; y concibiendo que para el psicoanálisis el nombre no es el patronímico, sino esencialmente una modalidad de goce del que el neurótico no quiere saber: El “No soy yo” de lo que escapa a su representación, a su YO.

Llegado a este punto me parece importante hacer ciertas puntuaciones sobre algunas de las lecturas que se hace de *Le Séminaire, le sinthome, livre XXIII*. Se habla a menudo en nuestra Escuela de la importancia de

nociones que van más allá del inconsciente y que permitirían interrogar, lo que pasa a denominarse clínica clásica.

¿Cómo concebimos lo inconsciente? ¿El inconsciente o lo inconsciente? ¿Qué es eso de la clínica clásica y la clínica nueva? ¿Hay dos clínicas para el psicoanálisis? ¿O hay más bien dos discursos, el Discurso Analítico y el Discurso de la Ciencia? En otras palabras, el Discurso científico, psiquiátrico, universitario, por un lado, y el Discurso Analítico por otro, donde el cuerpo, el sujeto, el dolor, el saber, no ocupan el mismo lugar

Asimismo, se habla repetitivamente de, más allá de tipo clínico, la importancia del caso particular.

¿Desde el Discurso Analítico concebimos acaso otra clínica que la del caso particular? Incluso antes de *Le Séminaire, le sinthome, livre XXIII*, Lacan tomó posición: “*La clínica para el psicoanalista es al pie de la cama*” (Lacan 2005: 101). Pero la cama para el analista es el diván, donde el cuerpo no va sin los usos y desusos de la palabra; lo que conlleva tomar otra posición diferente a la de la medicina en la cabecera de la cama de cada paciente. El cuerpo para el analista es el cuerpo sufriente de cada parlêtre que viene a solicitar su intervención. No hay más tipo clínico que el de cada caso particular. Los tipos clínicos generales son los de la lógica médica. Freud no dijo otra cosa a lo largo de su elaboración conceptual, afirmando que si un solo caso venía a desmentir sus hipótesis, no dudaría en revisar sus conceptos

Es lo que hizo Lacan con el caso Joyce. No parece ser la obra literaria de Joyce lo que en ese seminario interpela a Lacan, aunque sí fuera el interés de Jacques Aubert.



Guignard-Luz, Inma

Le sinthome: Consecuencias para una clínica propiamente psicoanalítica.

Ciclo: Lengüajes V, 2016

Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2016.

Joyce y Lucia

Según Lacan: “Joyce atribuye a su hija algo que se sitúa en la prolongación de lo que llamaré de momento, su propio síntoma.” (Lacan 2005: 96)

¿Dónde reside, si es que lo hubiera, lo equivalente para Joyce y Lucía? ¿Qué ha hecho Joyce que no ha hecho Lucía, y Joyce no alcanza a ver?

La prolongación del síntoma, aquí, parece situarse en los efectos de impacto de lo significativo sin significación en el cuerpo de cada uno. En el *parasitage* de *lalangue* parece situarse la singular afinidad de estar invadidos, cada cual, por lo significativo en tanto real. Hay ahí equivalencia.

Solo que en ese punto, donde hay equivalencia, se produce asimismo desarticulación entre uno y otro: si Joyce, tanto como Lucía, no consigue liberarse del parásito palabrero, alcanza sin embargo a servirse de él por su singular operación, inventando un artificio para salir de esas horribles profundidades, articulándose al mundo a partir de ese lastre del que se sirve como un resorte que lo dispara en la escena social. De lo más a-social, que consigue aislar, alcanza a hacer lazo.

Joyce, impactado dolorosamente por *lalangue* a ras de cuerpo, con la sospecha de que el lenguaje le era impuesto como un parásito, hizo frente. Y apostó en un artificio de su invención, sin el auxilio de un discurso establecido, para reapropiarse y servirse de lo impuesto, gozosa y dolorosamente, para hacerse un nombre que lo articulara al mundo.

Cabría no confundir aquí la identificación al síntoma del padre operado por la histérica, que es ya una identificación sexuada, una suplencia, una suposición de alcanzar a sostenerse en el amor al padre supuesto saber, para deshacerse del goce real.

No pienso que aquí se trate tampoco de la suplencia del delirio compartido, que puede hacer lazo entre dos psicóticos mediando una construcción significativa común que los ligue al mundo dándoles un lugar, así sea como maltratados, perseguidos, envidiados, o desechos del mundo.

En Joyce se trata de otra operación.

A partir de su lectura de la experiencia Joyceana, Lacan nos hace vislumbrar que lo que a-priori marca los cuerpos no es un significativo metafórico, un Uno, sino que lo equivalente para todos, lo a-sexual para cada uno, es la dimensión real de *lalangue*.

“*Lalangue, con su impacto de goce intraducible por ningún Otro del lenguaje, e imposible de negativizar. No un Uno cuantitativo, sino algo de lo Uno indiferenciado, como impacto, trazo, real; con Joyce, la represión freudiana se redefine, no ya como el velo sobre lo desconocido, sino más bien como el gran recurso inventivo, llamado neurótico, frente a lo imposible de reconocer*”¹

Equivalencias y diferenciaciones

Sin embargo, si Joyce, sin el auxilio de la metáfora paterna, parece haber llegado a darse cuenta de ello, no es el caso de Lucía. Joyce, no solo consintió a la descomposición del lenguaje, sino que, redoblando el ingenio para infligir el mismo tratamiento a lo escrito, lleva su escritura al límite de lo legible, poniendo de manifiesto como no somos libres de nuestros pensamientos, como el pensamiento tiene raíces en las experiencias de goce que se manifiestan en el cuerpo al ser alcanzado por elementos de *lalangue* sin ton ni son.

¹ Respuesta de Jacques Lacan a Marcel Ritter en *Lettres de l'Ecole Freudienne*, N° 18, Journal des Cartels, 1976, Strasbourg, Introduction aux séances de travail.



Guignard-Luz, Inma

Le *sinthome*: Consecuencias para una clínica propiamente psicoanalítica.

Ciclo: Lengüajes V, 2016

Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2016.

Esa operación Joyceana de reparación del lapsus en el lugar mismo donde el nudo se deshace, Lacan la llama *sinthome*. Lucía, sin embargo, se queda estancada en ello, sin desprenderse del impacto de la experiencia, sin alcanzar a manejar algo a partir de lo que le pasaba. Con ello no consiguió siquiera hacerse un lugar ficcional de embaucadora en el mundo, tipo “Madame Soleil”. Acabó creyéndose que era realmente “Madame Soleil” y, según parece, solo consiguió embaucar a su padre.

Ella, a diferencia de su padre, que se sabía artista, que consideraba que lo que escribió era artístico, ella se creía lo que decía.

Queda, para mí, sin respuesta, el lugar que ocupaba para Joyce la telepatía de su hija; en qué punto y hasta qué punto creía en ella, o creía realmente lo que Lucía le decía. Es decir, ¿hasta dónde llegaba, en Joyce, el delirio amoroso por su hija?

Es aquí donde se manifiesta una cuestión clínica esencial, la diferenciación entre el síntoma del que se sufre, y el *sinthome*, en tanto función, que Lacan pule en ese seminario, llegando a concluir en la clase del 17.02.1976:

*“Lo que llamo *sinthome* este año es lo que permite al R, S, I, de articularse, de impedir que se suelten; incluso si ninguno de ellos asegura por sí solo la articulación con el otro”*

*“El *sinthome* como lo que permite al nudo de tres, no de hacer aun nudo de tres, pero de sostenerse en una posición tal que parezca hacer nudo de tres.”* (Lacan 2005: 97-95)

En esa diferenciación manifiesta entre síntoma y *sinthome* resaltada por Lacan, podemos apoyarnos para descifrar la cita que propongo al comienzo.

La aparente contradicción con la conocida afirmación de Lacan de que no hay relación sexual, me parece tener toda su pertinencia

en lo que, con Joyce, vislumbra: a saber, como resolver el problema de la indistinción de los registros R, S, I, pasando del nudo Borromeo de tres al de cuatro; el cuatro consistiendo en una operación inédita y singular, para alcanzar a reparar el fallo de estructura y la equivalencia de los registros, que vienen indiferenciados.

Joyce: El arte del hacedor como salida del No Incauto

Si el lapsus, la no relación, social, sexual, lo es de estructura, si el camino o la forma de la articulación no existe, Joyce, sirviéndose de lo palabrero (significantes desarticulados, enigmáticos que lo impactan), forzando todavía más su descomposición, jugando con su talento de hacedor de articulaciones múltiples y equivocadas, mezclando orígenes y lugares, apuesta sobre el deseo del Otro del Discurso Universitario, para ponerlo a trabajar en una empresa que le da un nombre, un auténtico nombre, un nombre de goce. Y ello sin que eso lo libere del *parasitage* palabrero. Conformando un ego hecho con la masilla de la substancia gozosa. En él se sostiene alcanzando a introducir algo de imaginario, a pesar de que en Joyce lo real y lo simbólico persistan engarzados.

Así pues, es la suplencia creada lo que hace de él un creador, y recupera lo imaginario, que Joyce no pudo transmitir a su hija, por no ser esa operación, ni del orden simbólico, ni imaginario, ni real.

Es una operación singular, un hacer ahí, (Y faire), hacer en Y, en el punto de origen de la palabra): un hacer del orden de lo artificioso, una creación que por su mismo carácter no admite equivalencias, más bien las rompe, las deshace.

Si en Lucía hay una prolongación del parasitismo palabrero como en Joyce, sin embargo, la suplencia que inventó Joyce no tuvo lugar en



Guignard-Luz, Inma

Le sinthome: Consecuencias para una clínica propiamente psicoanalítica.

Ciclo: Lengüajes V, 2016

Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2016.

ella. “No le quedó más que un singular poder telepático” (Lacan 2005: 96).

Es ahí donde, bajo mi lectura de *Le Séminaire, le sinthome, livre XXIII* como esencialmente clínico, la cuestión de la relación sexual que pudiese haber, encuentra su pertinencia.

Acaso no es la clínica la que nos da a oír los recursos múltiples y variados del parlêtre alcanzado en su cuerpo por efectos dolorosos de ese cáncer que es *lalangue*. En ese punto, sin diferenciación de ningún registro, todos son equivalentes y el cuerpo solo rezuma goce. Dice Lacan:

“¿No es acaso lo que nos demuestra lo que llamamos la clínica, que no es más que otro uso de lo que sucede en la cama”? En la cama la relación se establece, viene al caso decirlo, de un lazo estrecho, al sinthome.” (Lacan 2005: 101)

”Es pues con el sinthome con lo que tenemos que vérnoslas en la relación sexual misma, que Freud consideraba natural, lo que no quiere decir nada. Queda sin embargo por situar lo que el sinthome tiene que ver o hacer, con lo real del Ics, si es que el Ics sea real... (el inconsciente que no es lo que se cree, digo yo: el inconsciente, es decir real, si se me cree.” (Lacan 2001: 571)

El sinthome: redefinición del sujeto

Jacques Alain Miller, en su último curso de Orientation lacanienne, *L'Être et l'Un*, dice lo siguiente:

“Significante en tanto real, no hay más que uno, es el significante Uno, pero no tal o cual significante privilegiado, más bien: hay de lo Uno, hay de lo significante en tanto significante solo, sin S2, sin significado, que no hay que confundir con Un significante. Eso es el núcleo por el hecho de que hay discurso (no dependiendo de tal o cual discurso); El ser depende de lo Uno, anterior al ser; el significante en cuanto existe como real,

preside y condiciona todos los malentendidos, los equívocos, los semblantes del ser en el Discurso. Es en tanto dato inicial, es un Uno que merece ser dicho original, porque no llegamos a ir más allá. Un Uno que no es numérico, contabilizable. Es el Uno en el que se sustenta cada significante, el Uno absolutamente solo.” (Miller 2011)

Así pues, redefinición del ser, inexistencia del Otro, origen del goce, un reordenamiento que permite situar al goce como constitutivo de la definición de sujeto.

Entonces, si la operación de Joyce, definida por Lacan en *Le Séminaire, le sinthome, livre XXIII* como sinthomática, permite revisar, no solo la definición del sujeto en tanto falta en ser, sino deslocalizar la primacía estructurante de lo simbólico y tomar en consideración el goce que no falta como constitutivo del parlêtre (Hablatenser), ¿cómo entonces no se impondría la necesidad de repensar la lógica misma de la relación entre los sexos?

Con Joyce aprendemos que el destino del goce no depende del poder metafórico del Otro del lenguaje común —que no existe— sino del uso singular del significante sin más significación que la que la invención le atribuye.

¿Y si el goce, motor de magníficas categorizaciones de género alrededor del significante del goce que falta, revelara que la sexuación no solo oficia como traducción de lo imposible, sino al mismo tiempo, y por ello mismo, traducción de la necesidad para los parlêtres de hacer lazo donde no lo hay, para deshacer, ordenar lo equivalente? Y eso aun cuando, inevitablemente conlleve al malestar incurable de civilización.

Si para la mayoría, Real, Simbólico, Imaginario, aparecen indiferenciados y mezclados, a tal punto que se continúan los unos con los otros —a menos que cierta operación artificiosa los diferencie, los



Guignard-Luz, Inma

Le sinthome: Consecuencias para una clínica propiamente psicoanalítica.

Ciclo: Lengüajes V, 2016

Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2016.

distinga en tanto etéreos—, es Joyce con su artificio quien permite a Lacan, no solo distinguir el punto donde se produce el lapsus, sino, y sobre todo, le hace saber de la función de suplencia de las creaciones, de su necesidad para articular lo inarticulado, ordenarlo en un discurso, hacer lazo, social, político.

La cuestión abierta, traducida por la expresión “lapsus del nudo”, apunta la imposibilidad de transmisión de los arreglos de uno u otro-a con el goce, por ser singulares; y no como quisiera la llamada histórica, lo resultante de la impotencia del padre. Sabemos que al tomar esa tangente, la histeria, en su tentativa de absorber por la vía de la identificación la cuestión del goce no todo fálico que la atraviesa, no para de contorsionarse metonímicamente bajo su angustia de insatisfacción dirigida al padre.

La cuestión sexual (montaje, construcción social, que firma la llamada estructura neurótica), en cuanto invención que permite articular los registros S, I, R, desarticulados por el lapsus de estructura, se sostiene sintomáticamente de lo que, según Lacan, Freud denominó realidad psíquica, complejo de Edipo, o metáfora paterna, transmisión del nombre del padre; lo cual, funcionando como síntomas en la construcción neurótica, organizan lo social, en un discurso tan común que, más allá de Freud, se acabó considerando que había una sexualidad normal, genital; es el discurso común considerando la construcción neurótica tan normal que casi formaría parte de nuestro ADN.

Incluso hoy, bajo mi punto de vista, hay un esfuerzo por retomar, como siendo evidentemente “normales”, las variaciones sexuales múltiples, que piden, asimismo, ser reconocidas como identidades de género en su normalidad social como “naturales”. Solo que las identidades sexuales, incluso las

tradicionales, no vienen ya ordenadas, aunque así se lo pueda creer. Dicho de otro modo, la sexuación es la gran obra artística de los parlêtres: obra artística a función social.

Es, pues, con la funcionalidad del sinthome, que la lógica conceptual se revierte: Los lapsus no traducen ahora lo reprimido, lo desconocido, sino más bien lo imposible de reconocer; localizan la falla de base sobre la que se construye la llamada estructura; falla equivalente tanto para hombres como mujeres; falla que Lacan tradujo por: No hay relación sexual. Aunque en un principio pareciera que estuviese justificada por la mera polisemia de lo simbólico para cada uno.

Acordarle a lo simbólico la primacía ordenadora nos hizo creer que las aguas se separaban con los neuróticos por un lado y los psicóticos del otro; o que no había relación sexual porque los hombres, propietarios del órgano, se aferraban de manera privilegiada al goce fálico, acotado por la impostura del todo fálico de excepción.

Y que las mujeres, para articularse al mundo, no tenían más remedio que servirse de la función imaginario-simbólica del falo, que iban a buscar del lado masculino, para intentar una identificación sexual. Lacan llegó incluso a afirmar en la última lección del 11 junio 1974 de su Seminario XXI, en París, “les non dupes errent”, que sólo hay identificación sexual del lado femenino.

Así pues, la función atribuida al padre, que sirve al Otro del neurótico para consolidar la estructura, resulta, entonces, no ser más que un *bricolage* neurótico del lapsus de estructura, pues no es posible saber dónde se produjo el lapsus, más que a posteriori de su reparación sintomática. Solo en los casos donde el resultado da una cadena de tres registros que no son equivalentes, se pudo entonces hablar de un nudo reparado sintomáticamente.



Guignard-Luz, Inma

Le sinthome: Consecuencias para una clínica propiamente psicoanalítica.

Ciclo: Lengüajes V, 2016

Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2016.

De ello no resulta la misma orientación en el discurso si consideramos que el problema de la imposibilidad no reside en el hecho de que haya hombres y mujeres sometidos a la castración, o si consideramos que hombre, mujer, homosexual, transexual, se presentan como respuestas identificatorias necesarias, operantes y fallidas al mismo tiempo, a la imposibilidad real de deshacerse del goce autístico no fálico, singular a cada uno. Mojones de lo sin nombre del goce no todo, para hombres y mujeres, del que el neurótico no quiere saber y en el que no se reconoce.

En la medida en que hay sinthome, no hay equivalencia, pero hay relación

Hay relación sexual y no hay relación en la medida en que la relación, dicha sexual, es una suplencia de la no relación entre los registros. Ahí mismo, donde *lalangue* impacta el cuerpo, el inconsciente se manifiesta sintomáticamente; ahí, frente a lo dolorosamente gozoso, la sexuación se manifiesta como intento de acotar algo de lo invasivo del goce, distribuyendo funciones y lugares en el discurso, estableciendo cada una de ellas un tratamiento no equivalente al lapsus, en tanto manifestación del inconsciente en tanto real.

Para una de estas posiciones, el otro sexo, dice Lacan, aparece como una resultante del sinthome. Lacan, al final de su enseñanza, dice que tal vez para los dos; pero para ello hay que pecatarse no solo de lo que es como resultante, el partenaire sexual para los unos y las otras, sino de su carácter de invención, necesaria para entrar en un discurso. Hay pues, a la vez, relación sexual y no hay relación. O mejor dicho, puede haber

relación sexual precisamente porque no hay proporción-relación de goces.

¿Qué pasa, pregunta Lacan, en la otra posición, la ocupada por la llamada posición femenina, no reservada a las llamadas mujeres? Aquellas donde el límite del nombre del padre, la castración, no funciona como una necesidad –lo cual no implica que no funcione. Lacan dice que no funciona como una necesidad. Sin embargo, es importante no asimilar la posición femenina con la posición psicótica, ya que, si bien una mujer tiene que vérselas sin brújula corporal particularmente arimada a un órgano, y con un goce más allá del falo que no entra en el discurso, ocurre que los destinos de ese goce llamado femenino no son sin relación, de un modo u otro, con lo fálico palabrero en su inconsistencia simbólico-imaginaria.

Aunque yo añadiría que puede también suceder que el saberse sostenida en el goce no-todo, abra de una manera menos angustiante al campo del amor, ya que, si por un lado, el amor puede operar como suplencia mayor para una mujer, por el otro, sus sostenes otros pueden preservar del estrago de cierta apuesta loca en el amor del hombre. Puede creer en él, sin creer todo lo que le dice.

Bibliografía

Freud, Sigmund. 1933. Traducción de Luis López Ballesteros y de Torres. Obras Completas, Tomo III, CLXVI, Tercera edición Biblioteca Nueva. Madrid.

Lacan, Jacques. 1974. “Les non-dupes errent”. Lección del 11 de junio 1974, Paris (inédito).



Guignard-Luz, Inma
Le sinthome: Consecuencias para una clínica propiamente psicoanalítica.
Ciclo: Lengüajes V, 2016
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2016.

Lacan, Jacques. 2001. *Autres Ecrits. Préface à l'édition anglaise du Séminaire XI.* Editions du Seuil. Paris.

Lacan, Jacques. 2005. *Le Séminaire, le sinthome, livre XXIII.* Edition Seuil. Paris.

Miller, Jacques-Alain. 2011. *Cours oral d'Orientation Lacanienne: "L'Être et l'Un"*. Paris.

Guignard-Luz, Inma. *Nuevas funciones para los AE(s) en el siglo XXI.* Semanario electrónico *La Brújula* n° 322. ELP. Madrid.